

El novelista y cuentista Juan Godoy nació en Chillán en 1911, pasó su niñez en su pueblo, en Chiloé y Antofagasta, terminando su educación media en los liceos Valentín Letelier y José Victorino Lastarria de Santiago. En 1931 se recibió de bachiller en humanidades e ingresó al Instituto Pedagógico donde se graduó de profesor de castellano y filosofía, en 1938. No se trata pues de un autodidacta como la mayoría de los escritores chilenos; tampoco de un profesor con sus ocultas pretensiones literarias. La memoria de prueba de Juan Godoy se tituló "Las categorías gramaticales en relación con las categorías lógicas y sociológicas", título extenso y por demás erudito. El profesor-novelistas hizo clases en el Liceo Nocturno "Federico Hansen" y en el Instituto Pedagógico. Falleció en Santiago en 1980, jubilado del Instituto Nacional y de la Escuela Nacional de Artes Gráficas que dirigiera el inolvidable Héctor Gómez Matus.

El poeta Gilberto Llanos nos refería que fue alumno de Juan Godoy en el Instituto Nacional y que recordaba el encanto de sus clases, en especial cuando el maestro dejaba su pupitre y se sentaba en un banco escolar, en medio de sus alumnos.

Godoy colaboró con ensayos críticos y cuentos en la revista "Atenea", "Multitud"-tribuna de Pablo de Rokha-, "Revista de Educación", "Aurora de Chile", etc. Gracias a su actividad se formó un grupo de prosistas y poetas en 1938 con la intención de renovar ciertas tendencias literarias. Pertenecieron a este grupo Pedro de la Barra, Fernando Alegría, Jorge Jobet, Leoncio Guerrero, Nicasio Tangol, Edmundo de la Parra, Abelardo Barahona, Víctor Franzani. La corriente tuvo el nombre de "angurrientismo", vocablo derivado de "angurria", "ansiedad" y se conceptuaba como un retorno a la intuición, a la esencia chileno-cultural. Su novela "Angurrientos" es acaso su obra más característica y significa la afirmación de estos principios expresados con el lenguaje de la más pura creación literaria. Los ambientes escogidos por Juan Godoy son duros, de fealdad grotesca, en ciertos casos, pero el novelista tiene la virtud de estilizarlos. En otras ocasiones la rica y hábil dialéctica vitaliza el relato, una argumentación mutua que fortalece la acción, a través del diálogo, y que da fuerza al suceso, encandilando al lector desprevenido.

La emoción que en otros escritores medulares de Chile no alcanza a transparentarse por la dificultad y hasta la turbiedad de

JUAN GODOY y la angurria

la forma, convierte a Juan Godoy en depurado estilista. Ya no se trata de un autodidacta que haya obtenido sus instrumentos expresivos con el titubeo y el desgaste que tienen los fenómenos de la naturaleza.

Juan Godoy fue pedagogo, un hombre de sólida formación humanística y al mismo tiempo, un artista no malgrado ni inhibido por la pedagogía sistemática. Su estilización de las cosas y de los hombres, llevados al virtuosismo en ciertos casos, no deformó la impetuosidad emocionante, la raíz sentimental de queja reivindicativa como en tantos otros, que bulle bajo el burilado de la superficie. Podemos aclarar este concepto agregando que Godoy fue un escritor del pueblo, que estuvo con el pueblo, que se sumó a él estilizando hasta el virtuosismo su desamparo.

En ocasiones, por cierto, la reminiscencia puramente ornamental no logra el vitalismo, el estro poético y sentimental de Juan Godoy, pariente inconfundible del poeta Rosamel del Valle, cuando éste escribe en prosa; pero el autor de "Angurrientos" se afirma en la trama rigurosa del prosista. Este virtuosismo tiene una barrera, un torrente que no puede encauzarse en diminutas y refinadas canaletas, una zona de base dura y difícil de penetrar sin un acero muy bien repujado. Es el lenguaje, el diálogo de los hombres, el eterno misterio de la relación viva que puede ser diversa en su idioma, pero corresponde a una clave humana más o menos idéntica, desde los lejanos días en que el hombre se puso vertical y sintió agigantarse su inteligencia, su anhelo de domar el terror que le producía la inescrutable naturaleza. No puede ocultarse que el diálogo de Juan Godoy se retoriza y exhibe al autor como un contemplativo, más preocupado del goce estético, de la eufonía de las palabras que de una rigurosa exactitud psicológica, aquella que parece ser la virtud principal de algunas obras clásicas. Sin embargo, el oficio de escritor, su estilo, termina imponiéndolo.

A propósito de "Angurrientos", escribió Raúl Silva Castro en su "Panorama Literario de Chile" (Santiago, 1961): "... es una sucesión de cuadros en el ambiente más mísero, con tipos descuajados, excéntricos, semilocos que viven en perpetua hambruna y embriaguez".

Como puede advertirse no se trata de un juicio crítico, es más bien el desahogo de un prejuicio, de una compostura literaria, que se escandaliza con la hambruna y la embriaguez, sin detenerse en los motivos que pueden ocasionarlas. Este tipo de críticas genera no pocas veces la arrogancia, la agresividad del escritor del cual sobran las divulgadas anécdotas. Se olvida de que acaso influye en su ánimo la impresión de no ser leído, ni oído, de estar arando en el mar. Hoy a 56 años de la publicación de "Angurrientos" por Editorial Cultura, dentro de la heroica divulgación que ejercía Nicomedes Guzmán, la novela es reeditada por Ediciones LOM que en muy escaso tiempo ha señalado con toda su luz valores literarios chilenos rescatados del olvido que nos merodea.

Transcribimos el juicio verbal expresado por Juan Godoy acerca de la Generación del 38, recogido por Mario Ferrero en su libro "Nicomedes Guzmán y la Generación del 38" (Santiago, 1982):

"La Generación del 38, si bien obedece a un fenómeno social insurgente, la raíz popular, es un mito en su realidad literaria. Los novelistas del 38 somos sólo cuatro. Nicomedes Guzmán, Lomboy, Coloane y yo. Nicomedes trabaja con la madera en bruto sin elaborar y tiende al romanticismo proletario. Reinaldo Lomboy utiliza elementos formales europeos y labora con madera a medio cepillar. Yo soy el único estilista de la generación, el que crea las situaciones en la palabra y da una proyección a la novela chilena. Coloane es un pescado



ANGURRIENTOS JUAN GODOY



grande, que tiene algo de nosotros tres más el mar, sin el cual no habría existido como escritor".

Sin mucha frecuencia nos encontrábamos con Juan Godoy por las calles de Santiago. El iba por su mundo, con valerosa ansiedad, nosotros por el nuestro. Así, por la calle, nos obsequió "El gato de la maestranza y otros cuentos", edición del Boletín del Instituto Nacional que mantuvo tantos años vigente el poco recordado profesor Ernesto Boero Lillo, y también "El impedido", nouvelle en la línea más pornográfica.

Cierta vez, informados de que había sufrido un accidente, le fuimos a visitar a la Asistencia Pública. Había sido víctima de un cobarde atentado. Le encontramos semi-destruido y no podía hablar; corría el riesgo de que le hubieran fracturado las mandíbulas. Sin embargo, se preocupaba de leer las noticias que se publicaban acerca de su percance. La dignidad de su actitud-literato en su ley-ennoblecía sus tristes hematomas. Fue poco antes de su lamentable fin... ●